

LA PLUMA DE ORO

Pablo Andrés Escapa

Como «de corral ajeno», por respetar la escrupulosa expresión que empleara don Belarmino Picatoste en carta que dirigió en 1905 al conde de las Navas, infiltramos en esta sufrida página de Avisos una curiosa noticia pajarera que se habí-a disipado en una caja de expedientes sin tramitar. «Tomo por tercera vez la pluma al vuelo» —persiste en las figuraciones aladas el infatigable Picatoste— «para comunicarle que llevo veintitantos días incubando el majín en procura de noticias sobre la ave raris [sic] que en el papel que ahora tengo el gusto de remitirle llaman *paleoturquilla*. Como entendido que usted es en todo género de volaterí-a, es mi deseo tener confirmación de si alguna vez ha visto espécimen semejante, y si es posible me aclare usted el extremo de que la dicha paleoturquilla es, en efecto, ave de plumaje rizado, carácter pendenciero y canto desapacible, como dice el papel. También pone en una nota al margen, que, guisada al oporto, la paleoturquilla mitiga algo sus arterías, cosa que sin otros elementos de juicio que la mentada pintura del ave, y el interrogatorio a que he sometido a varios pajareros de mi confianza, los cuales no han sabido responderme, me permito dudar».

Aclaremos que don Belarmino consultó al conde de las Navas después de conocer la publicación de don Gualberto *De gallinas (y sus concomitancias)*, aparecida en 1902. En esa obrita, el antiguo bibliotecario de la Real hace alarde de sus conocimientos bibliográficos sobre el tema y expone su librería avícola a la curiosidad de los lectores. Nada menos que ciento catorce obras impresas y nueve manuscritos, entre los que destaca por méritos propios el anónimo *Alharacas del huevo duro*. Don Belarmino deja entender en su carta que ya habí-a escrito otras dos veces al conde de las Navas, al parecer sin respuesta. En este tercer suplicatorio, confía en que el erudito bibliotecario no siga el mal ejemplo de San Pedro y «deje cantar al gallo» sin negar su voz una tercera vez. Tan feliz nos parece hoy esta imagen, tanto ha conmovido nuestra sensibilidad de hombres acaso endurecidos por el excesivo trato de las letras, que hemos decidido abrir el corral a este pájaro y hasta condescender al gusto de su lenguaje figurado para presentarlo. Por otra parte, el silencio de don Gualberto resulta sospechoso. Tal vez no tenía noticia de la paleoturquilla y su orgullo de bibliógrafo de obras volátiles le llevó a acallar la noticia que hoy ofrecemos. También pudiera ser que en el envío de Picatoste no viera más que el graznido del envidioso que busca el reconocimiento público a través del maestro. Porque el amigo Belarmino se atreve a pedir a don Gualberto que haga público el documento en la prestigiosa biblioteca aviola del «Gallo de Plata», que lo prologue con un retrato de la humanidad del remitente — atento a las pinceladas biográficas que le envía en folio aparte— y que complete este perfil con la transcripción de su expeditiva receta del «pavo a la soflama rústica». Dada la oportunidad de fechas navideñas la transcribimos aquí-, al tiempo que nos reconocemos incapaces de postularle mejor posadero en otro palo. Van entre corchetes las intervenciones del editor: «Tómese un pavo gruesigraso, desmóchesele, [desplúmeselo], úntesele sin duelo de mantécale [sic] y combústase al sápure rústico». Resueltamente esdrújulo se mostraba don Belarmino en este impávido apunte culinario.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VII, 27 (diciembre, 2001)



El perfil que podría componerse del singular Picatoste a la luz del folio de apuntes que remitió al conde de las Navas, habría de insistir en su condición prioritaria de amigo de los pájaros, manía, advierte, que en él es natural, «como el comer». Se dice saludable catador de gallinejas y buen imitador de la voz del guirguero, que en episodios de queja transcribe como chafarrií, chafarrín, chicoio y en periodos de furia o vigor chivalí, valí, valió, cha, cha, cha, chau. También confiesa el amigo Picatoste su condición de filósofo vernáculo, es decir, crítico —cuando no sinceramente hostil— a ideas extranjeras sobre la cría de algunas aves de jaula en particular y de la mujer en general. Una última pincelada que destacamos de la humanidad de Picatoste —confiados, siempre, a sus propios apuntes—, es su inclinación a renovar el lenguaje. Ejemplo de esa preocupación neológica, diríamos, es la propuesta —fecha en 1905, no lo olvidemos— de la voz «musitador» para referir su pericia natural en el cómputo de puntos de mus.

Olvidemos ahora en lo posible al hombre y valga por su memoria arrumbada en una caja de la Real Biblioteca el documento que vamos a transcribir, que en lo sucesivo deberá figurar en toda bibliografía sobre aves que se imponga la exhaustividad, por no decir en toda historia del reino natural. Por cierto que la peripecia del manuscrito fue también extraordinaria, dada la combinación de laboriosidad y fortuna que propició su llegada a manos del corresponsal de don Gualberto. Picatoste acudió cierta mañana plomiza a casa de un sastre llamado Damián Cerrillo a cobrar una antigua deuda de juego. En vista de que el deudor no se resolvía a pagar «y hasta se me ponía gallito» —denuncia, airado, este amigo de las aves— lo amenazó intimidándolo con la descarnada voz del chotacabras en periodo de muda y acompañó ese grito espantoso con sacudidas furibundas de las solapas del sastre, «con intención de amilanar a aquel pollo por donde más le dolí-a, o séase, por la indumentaria». Convencido del peligro, el sastre extrajo del falso forro de un patrón de batín austríaco que guardaba en un armario, el manuscrito de marras, herencia salvadora de un tío cura de su madre, y se lo confió a Picatoste como valor en depósito junto con el compromiso de cortarle una levita de franela sin cobrar. No hay más noticias de la procedencia ni de la autoría de esta pieza curiosísima transcrita por mano del siglo XVIII, pero con una prosa que hace recomendable postular que estamos ante una copia sacada de documento de mayor edad. A la espera de publicarlo íntegramente —incluida la glosa marginal sobre el modo de guisar la paleoturdilla al oporto— ofrecemos ahora una transcripción parcial (*):

«En el nombre de Dios y de Nuestra Señora. Con el natural celo que siempre persiguieron los hombres por acrecentar el conocimiento, según dieron ejemplo antiguo Galeno e Hipocrás en la ciencia del curar, Licurgo en el buen gobierno, Avicena en virtudes de yerbas o Alberto Magno en el libro de las piedras que compuso, tomé yo el camino de contar las maravillas de la natura, y entre todas sus creaciones las de las aves, de las que también trataron sutilmente el Aristóteles y Claudio Eliano, por más que ambos autores, con ser tan probados en su ciencia, tan elocuentes en sus cláusulas y tan felices en su invención, se engañaron haciendo sitio en sus obras a muchedumbre de historias fabulosas, al tiempo que descuidaron otras muy ciertas, y bien por falta de experiencia, bien por ignorancia de verdadera religión, incurrieron en notables errores e imperfecciones. Lo que yo pongo ahora por escrito es noticia probada por estos ojos fatigados de lectura, quienes humildemente reconocen deber menos a su afán de estudio

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VII, 27 (diciembre, 2001)

que a revelación generosa del creador del mundo, el cual vino a sacarlos de ignorancia muchas veces y a mostrarles, como por ensoñación, lo que el cansancio acaso les vedaba. Y pongo comienzo a mi obra la noche misma de la Natividad, luchando contra el sueño que quisiera ya vencerme sobre el escritorio, fiado de la gracia de Dios y de la luz de esta vela que temblorosa me guía por el papel.

[...] Y por completar ahora esta parte de los piélagos australes, daré razón, con el natural amor a la verdad que siempre he profesado, de la figura de la ínsula de Helligolad y por qué vienen a la ruina tantas naves cuando tratan de acostarse a su margen. Su forma es de huevo por armonía de los ídolos que allá se adoran, cuya es esa misma figura, y por la obra concertada de las mareas y la luna, que en aquella parte tarda en llenarse treinta y cinco jornadas, las mismas que emplea el mar en dar abrazo creciente a la ínsula labrándola con su envoltura en esa armoniosa manera. La marea es sostenida en todo el dicho periodo y no retrocede una sola vez hasta haber completado su ciclo. Cuando ha llegado a su extremo más alto, la trigésimo quinta noche, gritan en reunión sobre una piedra circular unas admirables aves de las que trataré más adelante, a las que los naturales de la ínsula les están agradecidos por creer que con su canto hacen retraerse al mar, que en verdad vuelve naturalmente a su ser, y los salvan así de morir ahogados. Es verdadera maravilla de esta ínsula menguar cuando se la avista desde navío y se pone rumbo a ella. Con la tierra de Helligolad finge también merma, hasta hacerse irreparable, un cinturón de rocas que rodea la ínsula, lo cual es causa de terribles naufragios entre marinos ignorantes de este engaño. Solo por la punta oriental, donde los escollos se interrumpen unas horas el día que la marea alcanza su límite, hay estrechísima salvación para quien espera rescate. Tal es la aciaga figura de esta ínsula, donde todos los frutos son amargos, por más que promete venturas vegetales a lo lejos. Pero todo es ilusión que se trueca luego en naufragio penoso y destierro inaccesible para aquel a quien la adversa fortuna precipita un día en sus playas.

[...] Diré ahora de la apariencia de aquella ave, ignorada de todos los físicos que trataron antes de pájaros, que los naturales de Helligolad llaman paleoturdilla. Los pollos de esta crianza tienen el capricho de nacer más grandes que sus padres, a quienes acaban por igualarse al cabo de unas horas de haber invadido el mundo. Por eso debiera ser este ave emblema de modestia. A la vez que menguan de cuerpo les va creciendo el pico, que en las nacidas de género femenino toma color transparente y despiden un olor parecido a la salvia madura. En cantar son madrugadoras pero en lo demás vienen a amigarse con todo género de pendeencias y compiten entre sí- por poner la cabeza a la sombra [...] Es de notar cómo las *paleoturdillas*, que sobre tierra dan pruebas sobradas de torpeza y villanía, tórnense en aves mayestáticas una vez entregadas al reino aéreo. Vistas en vuelo semejan sus alas extendidas las del gerifalte y pican con la gracia del neblí; en remontar son de la misma industria que el alforre, que parece a quien lo mira que fuera a desfallecer y no ceja en cambio en el ascenso, aunque más desapacibles en el grito. Su linaje no está recogido en parte alguna pero los naturales de Helligolad, donde estas aves crían espontáneamente desde antiguo, las hacen de nación hispánica, y las juzgan herencia de un gallo longareto que hacía la carrera de Etiopía en una nave que vino a naufragar en aquella parte.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VII, 27 (diciembre, 2001)

[...] Los naturales de Helligolad entienden todas las lenguas del mundo pero ignoran los cultivos; caminan de puntillas, evitan a los náufragos y solo se alimentan de cabezas de pescado. El resto lo regalan a las paleoturdillas, que rehuyen el mar pero admiten sus frutos. Los grabados que los hombres de esta ínsula inciden en sus ídolos parecen afirmar que sin la dicha ofrenda causarían gran revuelta entre las aves y peligrarían sus embarcaciones por un fuego avivado en el rencor de los pájaros hambrientos. A cambio del fácil alimento, las paleoturdillas se dejan tomar cierta pluma de la cola, que, una vez mojada en agua de mar, tiene la virtud de rizarse como una onda y de flotar por más que quiera hundírsela. Moldeada de esta suerte, la pluma finge fulgores de oro las noches lunares y es fama que sabe atraer tormentas de nieve cuando se la abandona al reposo de una sombra. Los naturales de Helligolad disfrazan con esas plumas sus toscos anzuelos, y con tal argucia engañan a los sorgos, haciéndolos venir en superficie a cebarse mortalmente en su curiosidad.

[...] Entre las paleoturdillas se cuentan varias suertes. Las hay inclinadas al apetito lujurioso, y en su furor dan las de ese grado en perseguir ciertas cabras rubicundas que pueblan la parte baja de la ínsula; otras anuncian con su estornudo la salida de Orión; otras, que llevan emplumadura en las patas, son de natural escrupuloso y saben percibir las aguas subterráneas. Hay, por fin, un ramo de paleoturdillas que ha de venir del gallo náufrago de España, y esto, digo, por las indudables pruebas de religión que supieron dar en ocasión tan señalada como la que mi pluma se esfuerza ahora por recordar, que fue caso tan admirable que más estaría tentado a juzgarlo fábula a fantasía movida por tantas horas de vigilia sobre estos papeles, que letra a noticia. Cumplíase, según ahora me parece, el séptimo año de mi penuria en la ínsula, si las lunas engañosas de tan apartado mundo no bastaron a confundirme en el cálculo, hambriento de los peces que las paleoturdillas abandonaban carcomidos y ambulante de las playas, olvidado de todo calendario que no fuera el de esperar por un milagro del horizonte que me anunciara las velas de una nave. Subíme aquella jornada, como era mi periódica costumbre, al promontorio que corona la ínsula por su punta oriental llevando conmigo una piedra irisada que había pulido durante largo tiempo por hacer guiño de luz desde la altura a quien pudiera avistarme. Era el último día del mes que los naturales de la ínsula llaman «del esplendor», y estaba la marea en su apogeo del trigésimo quinto grado. Púseme de frente al sol y comencé a hacerle señales al mar abierto. Pendido del pecho llevaba un cuerno muy sonoro por avisar con su rumor del engaño menguante de la isla a cualquiera nave que la fortuna quisiera producir. Al cabo de enviar luces al horizonte levantóse una brisa dulcísima, como nunca habí-a conocido en la ínsula, y un bando de aves jamás vistas, cuya blancura cegaba, cruzó sobre mí. Tras la estela aérea que dejaron vi en la lejanía una nave airosa elevada del mar. Oí entonces un blandísimo canto a mis espaldas, como rumor de hojas mecidas, o como campo de centeno asentado por mano del sembrador, y al volver los ojos se había hecho la noche. Una procesión de luces ganaba el promontorio y al irse acercando a mi postura pude ver que no era aquella senda luminosa sino ordenada procesión de paleoturdillas. Las que así ascendí-an usaban gorguera emplumada y eran de cuello tan espigado como no había visto otras en esta parte, y muy solemnes en el paso. Cada una soportaba en el pico una vela que no se consumía y traí-an la vista puesta en la nave volandera. Llegadas a mi altura formaron media luna con la curva entrante hacia el oriente, en señal de

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VII, 27 (diciembre, 2001)

bienvenida, y con grande gentileza y tanta piedad como no conocen muchos bautizados que con solo ese signo se juzgan merecedores de la gloria, postráronse devotamente y quedaron en piadoso silencio hasta que la nave asentó su forma sobre nuestras cabezas. Tornó entonces el dí-a, y como por milagro, las ceras encendidas tomaron forma de olorosos lirios. En ese momento descolgóse de la nave una escala de humo y por ella descendió muy gentilmente un niño que todo era fulgor. Poniendo desnudo pie en la roca vino a mi encuentro, me abrazó y pronunció mi nombre con tal dulzura en el oído que ya no tuve duda de que el mismo Salvador del mundo había venido a rescatarme de tan triste destierro. Antes de que me tendiera su mano amiga para guiarme a bordo de la nave, vinieron las paleoturdillas a hacer asamblea en torno suyo y con dignísimo decoro, la que parecí-a más hermosa de todas, ofrecióle un huevo dorado del tamaño de una nuez. Tomólo el niño entre sus manos y, sonriéndome, lo estrelló de pronto contra mi frente. Sentíme al punto invadido de beatitud, derramado de gracias y paciente de una lluvia de venturas que me llenó de lágrimas los ojos. Cuando tornó a abrirlos estaba otra vez en la soledad de mi estudio, con la cabeza recostada sobre el papel, que tenía el mismo color que las arenas soñadas de Helligolad. Miré en torno mío secándome los ojos y enfrentéme a la aridez de las enciclopedias y a los tristes grabados de aves, a la esfera armilar que ignora tantas ínsulas remotas y a los cajones penumbrosos de pergaminos. La vela era casi fenecida pero bastábase a derramar tibia luz sobre el escritorio y a rescatar de la tiniebla de un rincón, un pálido temblor que mis ojos aún dormidos no acertaron a reconocer. Tomé aquel fulgor entre los dedos y todo habría quedado en puro sueño, pensé entregándome del todo a la vigilia, si no fuera porque nevaba en las ventanas y la llaga de luz que palpitaba ahora sobre mi mano abierta, era una plumita rizada, como una onda de oro breve en medio de la pródiga noche de mi redención.

(*) Tampoco hemos hallado más noticias del sastre Cerrillo, que es apellido bien documentado en Béjar desde la invención del telar. Con todo, no dudamos de que habrá cumplido su promesa textil, aunque solo fuera por guardarse de una nueva recriminación del chotacabras, que en episodios de ira ciega madurada por antiguas deudas de tafurería, suena: keteamá, keteamá, keteamachá, colacabé-zatí-.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VII, 27 (diciembre, 2001)

